

reír; su risa, fría y suave, hacia estremecer.

Jondrette abrió un armario que había cerca de la chimenea y sacó de él una gorra vieja, que se puso después de limpiarla con la manga.

—Ahora tengo que salir, dijo; he de ver aun á algunos de... los buenos. Verás como esto marcha. No tardaré mucho en volver. Vamos á dar un buen golpe. Guarda la casa.

Metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, permaneció pensativo un momento; después dijo lo siguiente:

—Ha sido una suerte que no me haya conocido, porque no le hubiéramos vuelto á ver el pelo. ¡Se nos hubiera escapado! Mi gran barba me salvó.

Volvió á echarse á reír; luego se acercó á la ventana. Continuaba nevando y el cielo estaba gris.

—Qué tiempo tan perro! exclamó.

Luego añadió, abrochándose el gabán:

—Tiene el pelo muy largo, pero es lo mismo. Hizo muy bien en dejármelo el tunante del viejo. Sin este gabán no hubiera podido salir de casa y todo se lo hubiera llevado la trampa. El mundo está lleno de casualidades.

Hundióse la gorra hasta los ojos y salió.

Apenas había salido cuando la puerta se volvió á abrir, y su contorno montés é inteligente reapareció por la abertura.

—Me olvidaba decirte que prepares un brasero encendido.

Diciendo esto, arrojó en el delantal de su mujer los cinco francos del filántropo.

—He de comprar carbon?

—Sí.

—Cuánto compro?

—Una arroba.

—Costará franco y medio. Con el resto traeré comida.

—Diablo! no.

—Por qué?

—No quiero que gastes todo el dinero.

—Por qué?

—Porque yo tendré que comprar también algo.

—Qué?

—Algo.

—Cuánto necesitarás?

—¿Hay cerca de aquí algún quinqui-llero?

—En la calle Monffetard.

—Ah, sí! en la esquina de la calle; ya recuerdo dónde es.

—¿Cuánto necesitas para lo que deseas comprar?

—Unos tres francos.

—Pues poco quedará para la comida.

—Hoy no se trata de comer; hay que hacer una cosa mejor que eso.

—Como quieras, querido.

Jondrette se marchó, cerrando la puerta, y Mario oyó sus pasos que se alejaban por el corredor de la casucha y que bajaban rápidamente la escalera.

La una estaba dando en aquel momento en San Medardo.

XIII.

Solus cum solo, in loco remoto, non cogitabuntur
orare Pater noster.

Aunque Mario era soñador, su naturaleza era firme y enérgica. Sus hábitos de recogimiento solitario, desarrollando en él la simpatía y la compasión, le hicieron quizás poco irritable, pero le dejaron intacta la facultad de indignarse. Era benévolo como un brahman y severo como un juez; se apiadaba de un sapo, pero aplastaba á una víbora. Su mirada penetró en aquel agujero de víboras; tenía á la vista un nido monstruoso.

—¡Es preciso aplastar á esos miserables! se dijo á sí mismo.

No había aclarado ninguno de los enigmas que quería descifrar; al contrario, se le presentaban más oscuros. Solo averiguó que Jondrette conocía á la hermosa joven de Luxemburgo y al señor Blanco. Las tenebrosas palabras que acababa de oír le hicieron entrever que preparaban una emboscada siniestra y terrible, que padre é hija corrían peligro, que era necesario salvarlos, que era preciso burlar las espantosas combinaciones de Jondrette y romper la tela de aquellas arañas.

Vió que la mujer de su vecino había sacado de un rincón un hornillo viejo de hierro y que estaba revolviendo en una espuerta llena de herraje.

Mario se deslizó de la cómoda, cuidando de no mover ruido.

En medio del espanto y del horror que le causaban los preparativos de la familia Jondrette, le sonreía la idea de que podía prestar un gran servicio á la mujer que amaba.

Qué iba á hacer? ¿Avisar á las personas amenazadas? No sabía dónde vivían. Reaparecieron un momento ante él y después se hundieron en las inmensas profundidades de París. ¿Esperar al señor Blanco á las seis de la noche á la puerta de la calle y avisarle del lazo que

le habían tendido? Jondrette y sus compañeros verían acaso que los espiaba; el sitio era desierto, serían más fuertes que él y podían cogerle y alejarle, y perdería de este modo al anciano que deseaba salvar.

Era la una y la emboscada no se había de realizar hasta las seis. Mario podía disponer de cinco horas.

Se vistió con el traje de gala, tomó el sombrero y salió haciendo menos ruido que si hubiese caminado descalzo sobre el musgo. Cuando estuvo fuera de casa se encaminó á la calle del Petit-Banquier; pasaba por la referida calle cerca de una tapia muy baja, que por algunos sitios podía saltarse, y que tras ella había terreno erial; Mario caminaba pensativo y lentamente; la nieve apagaba el ruido de sus pasos. De pronto oyó dos voces que hablaban próximas á él. Entonces le ocurrió la idea de mirar por encima de la tapia que iba costeanado, y vió que estaban allí dos hombres pegados á la pared, sentados sobre la nieve y hablando en voz baja.

No los conocía: uno de ellos era muy barbudo y vestía de blusa; el otro cabelludo y desarrapado; el primero usaba gorro griego y el segundo llevaba la cabeza al aire y tenía el pelo lleno de nieve.

Mario sacó la cabeza por encima de la tapia para poderles oír.

El cabelludo empujaba con el codo al otro y le decía:

—Con Patron-Minette el negocio no puede fallar.

—Lo crees así? le preguntó el barbudo.

—Sí; siempre nos tocará á cada uno una rúea de quinientos machos, y lo peor que nos pudiera suceder sería cinco años, seis, lo más diez.

El del gorro griego, tiritando y titubeando, replicó:

—Eso será lo más positivo, y no se deben buscar cosas tan seguras.

—Te repito que el negocio no puede fallar. Desataremos la culebra.

En seguida se ocuparon de un melodrama que vieron la noche anterior en la Gaité.

Mario continuó su camino.

Las palabras oscuras de aquellos hombres, extrañamente ocultos detrás de la tapia y acurrucados sobre la nieve, parecían relacionarse con los abominables proyectos de Jondrette. Este debía ser el negocio de que trataban.

Mario se dirigió hácia el arrabal de

San Marcelo y preguntó en la primera tienda que le vino al paso dónde vivía algún comisario de policía. Le dijeron que en la calle de Pontoise, núm. 14.

Mario se encaminó hácia allí. Al pasar por una panadería compró un panecillo y se lo comió, previendo que quizás no comería más aquel día.

Mientras llegaba á casa del comisario hizo justicia á la Providencia, pensando que si no hubiese dado por la mañana aquellos cinco francos á la hija mayor de Jondrette, hubiera seguido en el cabriolé de alquiler al coche del señor Blanco, no podía entonces haberse enterado de lo que se enteró y por lo tanto no hubiera podido impedir la emboscada de los Jondrette, ni salvar al señor Blanco ni á su hija.

XIV.

El Inspector de policía y el abogado.

Mario llegó al número 14 de la calle de Pontoise, subió al piso principal y preguntó por el comisario de policía.

—No está, le contestó un ordenanza de la oficina, pero hay aquí un inspector que le sustituye. Quereis hablarle? ¿Es cosa urgente?

—Sí, contestó Mario.

El ordenanza le introdujo en el gabinete del comisario, en donde encontró á un hombre de alta estatura, que estaba en pié, detrás de un enrejado, apoyado en una estufa y levantando con ambas manos los faldones de un gran carrik de tres esclavinas. Dicho personaje era de cara cuadrada, de boca pequeña y firme, gastaba patillas espesas, entrecanas y erizadas; su mirada era capaz de registrar hasta el fondo de los bolsillos. Podía decirse muy bien que sus ojos no miraban, sino que registraban. Su aspecto era tan feroz y tan terrible como el de Jondrette; hay veces que causa tanta inquietud el encuentro de un perro de presa como el encuentro de un lobo.

—Qué se os ofrece? preguntó á Mario.

—Ver al comisario de policía.

—Está ausente, pero yo le reemplazo.

—Es para un asunto muy secreto.

—Entonces hablad.

—Es muy urgente.

—Pues hablad pronto.

Aquel personaje, tranquilo y brusco, era á un tiempo temible y tranquilizador; inspiraba temor y confianza. Mario le refirió toda la aventura, diciéndole

que preparaban para aquella noche una emboscada á una persona que solo conocia de vista; que habitaba en el cuarto del lado de donde iba á cometerse la indicada fechoría; que se llamaba Mario Pontmercy y era abogado; que habia oido tramar todo el complot al través del tabique; que el malvado que lo proyectaba se llamaba Jondrette; que probablemente tenia cómplices entre los vagos de las barreras, entre otros un tal Panchaud; que las hijas de Jondrette debian estar en acecho; que no podia avisar á la persona amenazada porque no sabia ni cómo se llamaba, ni dónde vivia; y por último, que la fechoría debia verificarse á las seis de la noche en el punto más desierto del boulevard del Hospital, en la casa núms. 50 y 52.

Al oír los citados números el inspector levantó la cabeza y dijo friamente:

—¿Es, pues, en el cuarto del extremo del corredor?

—Precisamente, contestó Mario, añadiendo: Acaso conocéis la casa?

El inspector permaneció un momento silencioso; luego, calentándose el tacon de la bota en la puertecilla de la estufa, contestó:

—Sí.

Diciendo despues entre dientes:

—Ahí debe andar la mano de Patron-Minette.

Esta palabra llamó la atención de Mario.

—Patron-Minette! dijo; efectivamente, he oído pronunciar esa palabra.

Refirió al inspector el diálogo que medió entre el hombre cabelludo y el hombre barbudo, detrás de la tapia de la calle del Petit-Banquier.

—El cabelludo debe ser Brujon y el barbudo Demiliard, dijo el inspector.

—En cuanto á la culebra, comprendo lo que podrá ser. ¡Pues no me he quedado el carrik! ¡Tienen demasiado fuego estas malditas estufas! Números 50 y 52 de la antigua casucha Gorbeau.

Luego, fijando la vista en Mario, le preguntó:

—¿Solo habeis visto al barbudo y al cabelludo?

—He visto tambien á Panchaud.

—¿No habeis visto rondar por allí á un endiablado petrimetre?

—No.

—¿Ni á un moceton macizo, que se parece al elefante del Jardin Botánico?

—No.

—¿Ni á otro malfachado, que tiene todo el aspecto de un antiguo colaroja?

—Tampoco.

—Al cuarto nadie le ve, ni sus ayudantes, dependientes ó empleados. No me sorprende que no le hayais visto.

—Pero, ¿quiénes son todos esos sujetos? preguntó Mario.

El inspector no le respondió.

—Además, esta no es su hora.

El inspector volvió á callar. A poco rato dijo:

—Conozco la casucha números 50 y 52, y es imposible que nos ocultemos en su interior sin que lo noten los artistas; si lo notasen, saldrian del paso dejando la funcion para otro dia. ¡Son tan modestos que les incomoda el público! No quiero que suceda eso, que quiero oírlos cantar y hacer que bailen.

Terminado este monólogo, volviéndose hácia Mario, le preguntó:

—Teneis miedo?

—A qué?

—A esos hombres.

—Les tengo tanto miedo como vos, le contestó Mario con rudeza.

El inspector clavó la mirada en el abogado y le dijo con cierta solemnidad sentenciosa:

—Hablais como hombre valiente y honrado; el valor no teme al crimen, ni la honradez á la autoridad.

—Qué pensais hacer? preguntó Mario.

—Los inquilinos de esa casa tienen llave para entrar por la noche en sus cuartos. Vos tambien la tendreis.

—Sí, contestó Mario.

—La llevais encima por casualidad?

—Sí.

—Pues dádmela.

Mario sacó la llave del bolsillo y se la entregó al inspector, diciéndole:

—Si me quereis creer, hareis bien en ir acompañado.

El inspector dirigió á Mario la mirada que hubiera lanzado Voltaire á un académico de provincia que le hubiese dado un consonante. Sumergió las dos manos, que eran enormes, en los inmensos bolsillos del carrik, sacó de ellos dos pequeñas pistolas de acero, dos cachorrillos, se las ofreció á Mario y le dijo vivamente:

—Tomad estas armas y volveos á casa. Ocultaos en vuestro cuarto de modo que crean que habeis salido. Cada cachorrillo está cargado con dos balas. Poneos en el observatorio que me habeis indicado. Acudirá esa gente; dejadla obrar, y cuando juzgueis que ha llegado la hora de prenderlos, disparareis un pistoletazo, pero no antes. Lo demás queda á mi cargo. Sobre todo no dispareis muy

pronto; aguardad á que haya principiado la ejecucion: sois abogado y ya sabeis lo que esto significa.

Mario tomó los cachorrillos y se los metió en el bolsillo del pecho del frac.

—Ahí hacen mucho bulto, se ven, le dijo el inspector. Metedlas en los bolsillos del pantalon.

Mario hizo lo que el inspector le indicaba.

—Ahora no tenemos ni un minuto que perder. Son las dos y media. ¿La funcion no es á las siete?

—A las seis, contestó Mario.

—Hay suficiente tiempo, repuso el inspector, pero es preciso aprovecharle. No olvideis mis instrucciones. Acordaos del tiro.

—Descuidad, respondió Mario.

Salió, y al llegar á la puerta volvió la cabeza al oír que el inspector le decia:

—Oid; si desde ahora hasta entonces me necesitáseis, venid ó enviadme un recado; preguntareis por el inspector Javert.

XV.

Jondrette hace sus compras.

Serian las tres de la tarde cuando Courfeyrac pasaba casualmente por la calle Monffetard con Bossuet.

La nieve caia cada vez más espesa. Bossuet iba diciendo á su amigo:

—Al ver caer tantos copos de nieve, cualquiera diria que en el cielo hay peste de mariposas blancas.

De pronto Bossuet divisó á Mario, que subia por la calle, hácia la barrera, muy preocupado.

—Mira, mira á Mario, dijo á Courfeyrac.

—Ya le he visto, contestó éste, pero no le hablemos.

—Por qué?

—Vá ocupado.

—En qué?

—No ves qué cara pone?

—Qué cara?

—La del que vá siguiendo á alguno.

—Es verdad, contestó apoyando Bossuet.

—Ves cómo mira?

—Pero á quién diablos sigue?

—A algun pimpollo; está enamorado.

—Pero por esta calle no se ven ni pimpollos, ni flores, ni faldas. No se distingue ninguna mujer.

Courfeyrac observó y luego dijo:

—Vá siguiendo á un hombre.

En efecto, un hombre que llevaba gorra, y cuya barba gris se le veia, á pesar de darles las espaldas, caminaba unos veinte pasos delante de Mario.

Usaba dicho hombre gaban largo y nuevo, demasiado holgado para él, pantalon pingajoso y ennegrecido por el lodo.

Bossuet soltó una carcajada.

—Qué clase de hombre será ese?

—Ese, repuso Courfeyrac, es un poeta. Los poetas suelen usar pantalon de vendedor de pieles de conejo y gaban de par de Francia.

—Veamos dónde vá Mario y dónde vá ese hombre. Sigámosles, eh?

—Bossuet, exclamó Courfeyrac, águila de Meaux, sois un bruto prodigioso. ¡Seguir á un hombre que sigue á otro hombre!...

Dicho esto se volvieron atrás.

Mario habia visto pasar á Jondrette por la calle Monffetard y le espiaba. Jondrette caminaba delante de él, sin sospechar que le iban vigilando.

Salió de la calle Monffetard y Mario le vió entrar en una de las horribles covachas de la calle Gracieuse, en donde permaneció un cuarto de hora, y luego volvió á entrar en la calle Monffetard. Se detuvo en casa de un quinquillero que habia entonces en la esquina de la calle de Pierre-Lombard, y salió minutos despues de la tienda llevando en la mano un gran escoplo, con mango de madera blanca, que escondió debajo del gaban. Cuando llegó á la altura de la calle del Petit-Gentilly torció á la izquierda y se encaminó á paso ligero á la calle del Petit-Banquier.

Iba declinando el dia; habia cesado de nevar unos momentos, pero volvia á caer copos otra vez. Mario se ocultó detrás de la esquina misma de la calle del Petit-Banquier, que, como siempre, estaba desierta, y no siguió ya á Jondrette. Hizo perfectamente, porque el bandido, en cuanto llegó á la tapia baja, tras la que Mario oyó hablar al cabelludo y al barbudo, volvió la cabeza para cerciorarse de que nadie le seguia y luego saltó la tapia y desapareció.

El terreno baldío que dicha tapia cercaba comunicaba con el corral de un antiguo alquilador de carruajes de mala fama que quebró, pero que aun tenia bajo los cobertizos algunas berlinas viejas.

Mario creyó oportuno aprovecharse de la ausencia de Jondrette para entrar en su casa, y además porque ya se iba acer-

cando la hora. Todas las tardes la tia Bougon, al marcharse para ir á fregar la vajilla á otra casa, cerraba con llave la puerta del caseron, y al anochecer ya no estaba nunca abierta. Como Mario entregó su llave al inspector de policía, tenia que apresurarse á entrar en casa.

La noche se iba echando encima; solo habia ya en el horizonte un punto que iluminaba el sol, y la luna empezaba á asomar rojiza por detrás de la cúpula baja de la Salpetriere.

Mario llegó andando de prisa al caseron cuando aun estaba la puerta abierta. Subió de puntillas la escalera y se deslizó á lo largo de la pared del corredor hasta su cuarto. Dicho corredor, como recordarán nuestros lectores, tenia á ambos lados desvanes, que entonces estaban vacíos, por alquilar. La tia Bougon no cerraba nunca sus puertas. Al pasar por delante de una de ellas, Mario creyó ver en uno de los desvanes deshabitados cuatro cabezas de hombres inmóviles, que blanqueaba apenas un rayo de luz crepuscular que penetraba por una claraboya.

Mario no trató de ver, porque le interesaba no ser visto. Consiguió entrar en su cuarto sin que ninguno de los cuatro se apercibiesen de él. Ya era tiempo, porque pocos instantes despues oyó que la tia Bougon se iba y cerraba la puerta de la calle.

XVI.

En el que aparece una canción con música inglesa que estaba en moda en 1832.

Mario se sentó en la cama. Podrian ser las cinco y media: media hora faltaba para que el señor Blanco viniese á caer en el lazo que le tenían preparado. Mario oia latir sus arterias como se oye en la oscuridad y en el silencio el volante de un reloj. Pensaba en la doble marcha que en aquel momento se estaba verificando en las tinieblas; la del crimen avanzando por un lado y la de la justicia avanzando por el otro. No tenia miedo, pero le sobresaltaba lo que iba á suceder. Como al que repentinamente le asalta una aventura sorprendente, todo lo sucedido en aquel dia le parecia un sueño, y para no creerse juguete de una pesadilla, necesitaba sentir en los bolsillos el frio de las dos pistolas de acero.

Habia cesado de nevar, y la luna, cada vez más clara, se desprendia de las nu-

bes, y su claridad, mezclada al reflejo blanquecino de la nieve que habia caido, daba al cuarto aspecto crepuscular.

Se veia luz en el tugurio de Jondrette. Mario veia brillar el agujero que le servia de observatorio con claridad rojiza, que le pareció sangrienta. Era evidente que no podia producirla una vela. Además, en dicho cuarto habia silencio, nadie se movia, no se oia ni un soplo.

Mario se deslizó y metió las botas bajo de la cama.

Transcurrieron algunos minutos y Mario oyó girar sobre sus goznes la puerta de la calle y luego pasos rápidos por la escalera, por el corredor, y despues levantar el picaporte del cuarto haciendo ruido; era Jondrette que entraba.

Entonces oyó Mario varias voces, las de toda la familia, que estaba en el desvan, pero que callaban durante la ausencia del amo de la casa, como callan los lobeznos cuando se ausenta el lobo.

—Soy yo, dijo.

—Buenas noches, papá, gritaron las hijas.

—Y bien, qué hay? preguntó la madre.

—Que todo vá perfectamente, respondió Jondrette, pero tengo frio horrible en los piés. Te has vestido? me alegro. Así podrás inspirar confianza.

—Estoy ya dispuesta para salir.

—No olvidarás nada? ¿Lo harás bien todo?

—Descuida.

—Es que... dijo Jondrette, y no acabó la frase.

Mario oyó que aquel dejaba algo que pesaba encima de la mesa, probablemente el escoplo que venia de comprar.

—Ah! exclamó Jondrette; ¿aquí habeis comido?

—Sí, contestó su mujer; he traído tres patatas grandes y sal, y me aproveché del fuego para asarlas.

—Bien, repuso el cabeza de familia. Mañana os llevaré á comer á la fonda. Habrá pato y otros accesorios. Comereis como Carlos X, porque todo vá bien.

Luego dijo bajando la voz:

—La ratonera está abierta y los gatos ya están ahí.

Bajó la voz más todavía y dijo á su mujer:

—Pon esto al fuego.

Mario oyó el ruido del carbon removido con una tenaza ó con otro instrumento de hierro, y Jondrette continuó:

—¿Has puesto sebo en los goznes de la puerta para que no hagan ruido?

—Sí, respondió su mujer.

—Qué hora es?

—Cerca de las seis, porque la media hace bastante tiempo que dió en San Medardo.

—Diablo! exclamó Jondrette. Muchachas, idos á poner en acecho, pero antes oid.

El padre cuchicheó un momento con ellas y luego preguntó á su mujer:

—Se ha marchado ya la tia Bougon?

—Sí.

—Estás segura de que no hay nadie en el cuarto del vecino?

—No ha vuelto en todo el dia; además, ya sabes que esta es la hora en que vá á comer.

—Estás segura?

—Segurísima.

—Es igual, replicó Jondrette; pero no estará de más verlo. Volviéndose hácia su hija mayor, la dijo:

—Toma la luz y vé á ver si el vecino está en su cuarto.

Mario se puso á cuatro piés y se escurrió silenciosamente debajo de la cama. Apenas estuvo escondido divisó luz al través de las junturas de la puerta.

—Papá, gritó una voz, ha salido.

—Entraste en el cuarto?

—No, respondió su hija; pero cuando tiene la llave en la cerradura es señal de que ha salido.

—Entra, sin embargo, la gritó el padre.

La puerta se abrió y Mario vió entrar en su aposento á la jóven con una vela en la mano. Estaba como él la vió por la mañana, pero la claridad de la luz la hacia más espantosa. Se fué recta hácia la cama.

Mario pasó instantes de inexplicable ansiedad; pero no se dirigia ella á la cama, sino á un espejo que habia colgado en la pared. La muchacha se empinó sobre la punta de los piés y se miró en él. En la pieza inmediata se oyó un ruido como el de remover hierro viejo.

La jóven se alisó el pelo con la palma de la mano, sonriendo ante el espejo y cantando con voz ronca y sepulcral:

*Duraron mis amores
una semana;
en amores la dicha
jamás fué larga.
Adorarse ocho dias
es breve tiempo;
¿debieran los amores
ser siempre eternos!
ser siempre eternos!*

Mario temblaba; le parecia imposible que la muchacha no oyese su respiracion: ésta se dirigió despues á la ventana y

miró al exterior, hablando en voz alta y con su aire alocado:

—¡Qué feo es Paris cuando se pone la camisa blanca!...

Volvió al espejo, hizo ante él otras muecas, contemplándose de frente y de perfil.

—Qué haces ahí? la gritó su padre.

—Miro bajo la cama y bajo los muebles, respondió, continuando la operacion de alisarse el pelo, pero el vecino no está.

—Ea! pronto aquí y no perdamos tiempo, aulló su padre.

—Voy, voy! contestó la hija. No tiene una tiempo para nada en esta casucha. Y volvió á cantar:

*Si por marchar á la gloria
me dejas abandonada,
mi doliente corazón
te seguirá adonde vayas.*

Dirigió al espejo la última mirada y salió cerrando la puerta.

Un momento despues Mario oyó el ruido de los piés desnudos de las muchachas en el corredor y la voz de Jondrette que les gritaba:

—Fijaos bien: una por la parte de la barrera, la otra á la esquina de la calle del Petit-Banquier; no perdaís de vista un minuto la puerta de la casa; si notais la menor cosa, aquí inmediatamente. Subid los escalones de cuatro en cuatro. Ya teneis llave para entrar.

—¡Hacer centinela con los piés descalzos en la nieve! murmuró la hija mayor.

—Mañana tendreis botas de seda de color de escarabajo, las contestó el padre.

Las jóvenes bajaron la escalera, y poco despues el ruido de la puerta de la calle, que se cerraba, indicó que ya estaban fuera del caseron.

Quedaban dentro de éste Mario, Jondrette y su mujer, y quizás tambien los misteriosos seres que divisó nuestro enamorado á la luz del crepúsculo, detrás de la puerta del desvan deshabitado.

XVII.

Empleo del napoleon de Mario.

Mario creyó que era ya hora de ocuparse por su sitio en el observatorio. En un abrir y cerrar de ojos subió á la cómoda y miró por el agujero. El interior del desvan de sus vecinos ofrecia singular aspecto, y pudo entonces saber de dónde salia la claridad que antes le llamó la atencion. En un candelero de cobre ardía una vela de sebo, pero no era

ésta la que en realidad alumbraba el aposento. El desvan estaba iluminado por completo por la reverberación de una gran estufa de hierro, colocada en la chimenea y llena de carbon encendido. Era la estufa que la mujer de Jondrette preparó por la mañana. El carbon estaba hecho áscuas y la estufa roja; una llama vagaba oscilante sobre el fuego y ayudaba á distinguir la forma del escoplo que compró Jondrette. En un rincón, cerca de la puerta, y como para uso ya previsto, se veían dos montones, uno de objetos de hierro y otro de cuerdas. Estos preparativos, para el que no supiese lo que allí se maquinaba, le hubiera hecho titubear entre una idea siniestra y otra idea natural.

La cueva así iluminada, más parecía una fragua que una boca de infierno, pero aquella claridad daba á Jondrette más aspecto de demonio que de herrero.

El calor de la estufa era tal, que la vela, que estaba encima de la mesa, se deshacía por la parte que daba al fuego, consumiéndose como cortada á bisel. Una linterna sorda, de cobre, digna de Diógenes convertido en Cartouche, estaba colocada sobre la chimenea.

La estufa, situada en el mismo hogar al lado de los tizones casi apagados, enviaba su vapor por el conducto de la chimenea y no hacia olor.

La luna, entrando por los cristales de la ventana, lanzaba su blanquecina claridad en el purpúreo y llameante desvan; y á la poética imaginación de Mario, que era siempre soñador, se le aparecía como un pensamiento celeste confundiendo con los deformes desvarios del mundo.

Una corriente de aire, que entraba por el vidrio roto, contribuía á disipar el olor del carbon y á disimular la estufa.

Recordando cuanto hemos dicho acerca de la casucha Gorbeau, se comprenderá lo admirablemente dispuesta que estaba la madriguera de Jondrette para servir de teatro á un hecho violento y sombrío y de tapujo á un crimen. Era el cuarto más retirado de la casa más aislada del boulevard más desierto de París. Parecía construido ex profeso para efectuar en él sorpresas criminales, de tal modo, que si éstas no existiesen, allí se hubieran podido inventar. El espesor de la casa y una porción de cuartos desalquilados separaban aquel centro del boulevard, y su única ventana caía á solares desiertos, cerrados por tapias ó por empalizadas.

Jondrette había encendido la pipa y fumaba sentado en la silla del asiento roto. Su mujer le hablaba en voz baja.

Si Mario hubiese sido Courfeyrac, es decir, uno de esos hombres que de todo se rien, hubiera soltado la carcajada al contemplar á la mujer de Jondrette. Llevaba sombrero negro con plumas, parecido á los sombreros que se pusieron los reyes de armas en la consagración de Carlos X; inmenso pañuelo de tartan tapaba su traje de punto, y sus piés se sepultaban en los zapatos de hombre que su hija había desdeñado aquella mañana. Este tocado fué el que arrancó á Jondrette aquella exclamación: "*Has hecho bien en vestirme. Es preciso que puedas inspirar confianza.*"

Jondrette llevaba aun el gaban, que era demasiado nuevo y demasiado holgado para él, y continuaba ofreciendo con el pantalon el contraste que constituía á los ojos de Courfeyrac el ideal del poeta. De pronto dijo:

—A propósito. Como hace tan mal tiempo vendrá en coche. Enciende la linterna, tómalala y baja la escalera. Quédate detrás de la puerta y abre en el momento en que oigas parar el carruaje; quiero que cuando suba le alumbres por la escalera y por el corredor; mientras entra aquí, bajas á escape, pagas al cochero y despides el coche.

—Con qué dinero le pago? preguntó su mujer.

Jondrette sacó de los bolsillos del pantalon una moneda de cinco francos.

—De dónde la has sacado?

—Es el napoleon que esta mañana me dió el vecino; luego añadió:

—Aquí hacen falta dos sillas.

—Para qué?

—Para sentarse.

—Pues voy á traerte las del vecino.

Extremecimiento glacial corrió por todo el cuerpo de Mario al oír dar á aquella mujer tan tranquila respuesta. Aquella mujer, con rápido movimiento, abrió la puerta del desvan y salió al corredor.

Mario no tenía ni el tiempo material para bajar de la cómoda, ir hasta la cama y esconderse debajo.

—Toma la luz, gritó Jondrette.

—No, contestó ella; me estorbará, porque tengo que cargar con las dos sillas; además, hay luna.

Mario oyó que la pesada mano de la mujer de Jondrette buscaba la llave á tientas en la oscuridad.

La puerta del cuarto del abogado se abrió, y éste se quedó clavado en su sitio,

sobrecogido de sorpresa y de estupor. Entró en su cuarto la mujer.

La ventanilla abuhardillada dejaba pasar un rayo de luna entre dos trozos grandes de sombra; uno de éstos cubría enteramente la pared á la que Mario estaba pegado, de modo que desaparecía en la oscuridad.

Al levantar la vista la mujer de Jondrette no vió á Mario; tomó las dos sillas, únicas que éste poseía, y se fué, dejando que la puerta se cerrase sola y ruidosamente detrás de ella.

Volvió á entrar en su desvan.

—Aquí tienes las dos sillas.

—Y tú aquí la linterna: puedes bajar ya, la dijo su marido.

Ella obedeció y Jondrette se quedó solo.

Colocó las dos sillas á ambos lados de la mesa; dió una vuelta al escoplo en el brasero, puso delante de la chimenea un viejo biombo que ocultaba la estufa, y luego se fué al rincón donde estaba el monton de cuerdas y se inclinó para examinar en él alguna cosa. Mario conoció entonces que lo que antes le pareció monton informe era una escala de cuerda muy bien hecha, con travesaños de madera y con dos garfios para colgarla.

La escala y algunos instrumentos, verdaderas mazas de hierro, que habia entre un monton de herramientas detrás de la puerta, no estaban por la mañana en la madriguera de Jondrette, é indudablemente las llevaron allí por la tarde durante la ausencia de Mario.

—Son herramientas de cerrajero, pensó éste para sí.

Si hubiera sido inteligente en el oficio de aquellos miserables, conocería que lo que tomaba por herramientas de cerrajero eran ciertos instrumentos á propósito para forzar una cerradura ó desencajar una puerta, y otros para hendir ó cortar; las dos clases de instrumentos siniestros que los ladrones llaman *ganzuas* y *ruiseñores*.

La chimenea, la mesa y las dos sillas estaban precisamente enfrente de Mario. Como el biombo ocultaba la estufa, solo la luz de la vela iluminaba el desvan; el menor objeto que se colocase sobre la mesa ó sobre la chimenea producía gran sombra. Un jarro de agua desportillado ocultaba la mitad de la pared. Respiraba aquel antro calma horrible y amenazadora. Sentíase en él la expectativa de algo horroroso.

Jondrette dejó apagarse la pipa, lo

que era en él gran signo de meditación, y volvió á sentarse. La luz hacia resaltar los ángulos finos y fieros de su fisonomía. Grandes fruncimientos de cejas y bruscos movimientos de la mano derecha parecían que indicasen que contestaba á los últimos consejos de un sombrío monólogo interno. En una de esas réplicas que á sí mismo se hacia, tiró con rapidez hácia sí del cajón de la mesa, cogió un ancho cuchillo de cocina que allí estaba oculto y probó el filo sobre la uña. Hecho esto metió el cuchillo en el cajón y lo cerró.

Mario sacó el cachorrillo que llevaba en el bolsillo derecho y lo montó. La pistola hizo al montarse un ruido débil y seco.

Jondrette se estremeció y se levantó de la silla.

—Quién está ahí! gritó.

Mario contuvo la respiración: Jondrette escuchó unos instantes y luego se echó á reír, diciendo:

—Qué bestia soy! es que cruje el tabique.

Mario conservó en la mano el cachorrillo.

XVIII.

Las dos sillas de Mario frente á frente.

De pronto conmovió los cristales la lejana y melancólica vibración de una campana.

Daban las seis en San Medardo.

Jondrette marcó cada campanada con un movimiento de cabeza; cuando dió la sexta despabiló la vela con los dedos.

Después empezó á pasear por el cuarto, escuchó en el corredor y volvió á pasear.—Con tal que venga! exclamó. Luego volvió á sentarse.

En cuanto se sentó se abrió la puerta.

La habia abierto la mujer de Jondrette, que permaneció en el corredor, haciendo una mueca amable y horrible á la par, y que iluminaba uno de los agujeros de la linterna sorda.

—Entrad, señor, dijo.

—Entrad, mi bienhechor, repitió Jondrette, poniéndose de pié rápidamente.

En la puerta apareció el señor Blanco. Su aspecto sereno le hacia singularmente venerable.

Dejó sobre la mesa cuatro luises y dijo:

—Señor Fabantou; aquí teneis para pagar el alquiler y para cubrir las pri-

meras necesidades. Despues ya veremos.

—Dios os lo pague, generoso bienhechor, le contestó Jondrette.

Luego, acercándose con rapidez á su mujer, la dijo en voz muy baja:

—Despide el coche!

La mujer salió, mientras el marido prodigaba saludos y ofrecia una silla al señor Blanco.

Poco despues volvió la Jondrette y dijo á su esposo en voz muy baja tambien:

—Ya está.

Caía la nieve tan espesa, que ni se oyó el carruaje cuando llegó ni cuando se fué.

Entre tanto se habia sentado el señor Blanco; Jondrette tomó posesion de la otra silla de enfrente.

Para formarse idea exacta de la escena que vá á seguir, tiene el lector que figurarse en la imaginacion aquella noche helada, las soledades de la Salpêtriere cubiertas de nieve y blanqueadas por la claridad de la luna, como inmensos sudarios; la escasa luz de los reverberos alumbrando aquí y allá los trágicos boulevares y las largas filas de olmos negros, sin encontrar quizás ni un transeunte en un cuarto de legua á la redonda; la casucha Gorbeau en su mayor silencio, horror y oscuridad; y en medio de aquella soledad y de aquellas tinieblas, el vasto desvan de Jondrette, alumbrado por una vela de sebo, y en dicha madriguera dos hombres sentados junto á una mesa, el señor Blanco tranquilo, Jondrette risueño y espantoso; su mujer, la madre loba, en un rincon; y detrás del tabique Mario, invisible, en pié sobre la cómoda, no perdiendo ni una palabra ni un movimiento y acechando con los ojos y con la pistola en la mano.

Mario estaba horrorizado, pero no temeroso; apretaba la culata de la pistola y se tranquilizaba.

—Detendré la accion de ese miserable cuando yo quiera, se decia.

Comprendia tambien que la policia debia estar emboscada en alguna parte, esperando la señal convenida y dispuesta á tenderle los brazos.

Esperaba, además, que del violento encuentro del señor Blanco y de Jondrette brotaria la claridad que habia de iluminar todo lo que él tenia interés en conocer.

XIX.

Entrada de personajes mudos.

Apenas se sentó el señor Blanco volvió la cara hácia las tarimas, que no estaban ocupadas.

—Cómo está la pobre niña herida? preguntó.

—Mal, respondió Jondrette con sonrisa desconsolada y agradecida; muy mal, señor. Mi otra hija la ha llevado al Hospital de la Bourbe para que la curen allí. Pronto las vereis, que no deben tardar.

—La señora Fabantou parece que esté algo mejor que esta mañana, repuso el señor Blanco, fijando la mirada en el extraño modo de ir vestida ésta, que, de pié entre él y la puerta, como si guardase ya la salida, le miraba en actitud de amenaza y casi de combate.

—Está muriéndose, señor, contestó Jondrette, pero tiene tanto ánimo! No es una mujer, es una mula.

La Jondrette, halagada por el cumplimiento, exclamó con un arrumaco de fiera acariciada:

—Jondrette siempre fué bueno para mí.

—Jondrette? exclamó el señor Blanco; creia que os llamábais Fabantou.

—Fabantou, alias Jondrette, replicó con viveza su marido. Ese es mi apodo de teatro.

Lanzando á su mujer furibunda mirada, que el señor Blanco no vió, prosiguió hablando con voz enfática y acariciadora:

—Siempre hemos hecho buenas migas mi mujer y yo. ¿Qué nos quedaria si no nos quedase el cariño? ¡Somos tan desgraciados, señor! Tenemos brazos, pero no hay trabajo; tenemos voluntad, pero nos falta faena. No sé cómo el gobierno no arregla esto. Aunque hablo así, os doy palabra de honor, caballero, que no soy jacobino, ni realista, y que no le quiero mal; pero si yo fuese ministro, esto iria de otro modo. Por ejemplo, quise enseñar á mis hijas un oficio, á hacer cajas de carton. Extrañareis que las quisiera dedicar á un simple oficio para ganarse el pan de cada dia. Ya sé que eso es para mí una humillacion y una degradacion, habiendo sido lo que yo fui, pero nada nos queda de la época de nuestra prosperidad. Unicamente un cuadro que aprecio extraordinariamente; pero que, sin embargo, me desharia de él, porque

es preciso vivir. Sí, señor, ¡es preciso vivir!

Mientras Jondrette hablaba con aparente desórden, que no debilitaba la expresion reflexiva y sagaz de su fisonomía, Mario levantó la vista y vió en el fondo del cuarto un bulto que hasta entonces no habia visto. Acababa de entrar un hombre, tan silenciosamente, que no hizo sonar los goznes de la puerta. Llevaba almilla de punto, morada, vieja, manchada y á girones; ancho pantalon de pana; babuchas; no gastaba camisa, y tenia el cuello y los brazos desnudos y pintarrajeados y la cara tiznada.

Se sentó, en silencio y con los brazos cruzados, sobre la cama más próxima á la puerta, y como estaba detrás de la mujer de Jondrette, apenas se le veia.

La especie de instinto magnético que advierte á la mirada hizo que el señor Blanco volviese la cabeza al mismo tiempo que Mario y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, que Jondrette notó.

—Ah! ya comprendo, exclamó Jondrette abrochándose; ¡estais mirando nuestro gaban! Me sienta tan bien como si le hubieran cortado para mí.

—Quién es ese hombre? le preguntó el señor Blanco.

—Ese? exclamó Jondrette; es un vecino; no hagais caso.

El vecino tenia extraño aspecto, pero como en el arrabal de San Marcelo abundaban las fábricas de productos químicos, podian fácilmente sus trabajadores ir mascarados. El señor Blanco parecia poseer confianza cándida é intrépida.

—¿Qué me estábais diciendo, señor Fabantou?

—Os decia, mi apreciable protector, contestó Jondrette apoyando los codos en la mesa y fijando en el anciano miradas tiernas semejantes á las de la serpiente boa, os decia que tengo un cuadro en venta.

La puerta hizo ruido ligero. Entró otro hombre y fué tambien á sentarse sobre la cama. Como el primero, llevaba la cara tiznada y los brazos desnudos. Aunque se deslizó al entrar, no pudo impedir que le viese el señor Blanco.

—No tengais cuidado, dijo Jondrette; son gentes de casa. Os hablé de que tengo en venta un cuadro precioso. Vedle, caballero, vedle.

Así hablando, se dirigió á la pared contra la que estaba arrimado el bastidor y lo volvió del derecho, dejándole apoyado en la misma pared. Mario no lo pudo

ver bien, porque la vela lo alumbraba apenas y porque Jondrette estaba entre el cuadro y él; pero le pareció un cuadro chillon y mal pintado, como una pintura de féria ó de biombo.

—Qué es lo que representa? preguntó el señor Blanco.

—Es una obra magistral! Un cuadro de mucho precio, al que le tengo tanto cariño como á mis hijas; cuadro que despierta mis recuerdos... pero que la necesidad me obliga á deshacerme de él.

El señor Blanco, por casualidad ó porque empezase á estar inquieto, al ir á examinar el cuadro volvió la vista al interior del desvan y vió que habia ya cuatro hombres; tres sentados sobre la cama y uno en pié cerca de la puerta, todos con los brazos desnudos, el rostro tiznado é inmóviles; uno de los que estaban sobre la cama tenia los ojos cerrados, como si durmiese; era viejo y le daba aspecto horrible la cabellera blanca caída sobre la cara negra; los otros dos parecian jóvenes; uno era barbudo y otro cabelludo. Iban descalzos los que no llevaban babuchas.

Jondrette observó que el señor Blanco se fijaba en aquellos hombres.

—Son amigos y vecinos, le dijo. Están tiznados porque son carboneros ó trabajan en estufas y en chimeneas. No hagais caso de ellos, señor, y compradme el cuadro. No os lo venderé caro. ¿Cuánto creéis que vale?

—Pero... contestó el señor Blanco mirando con fijeza á Jondrette; ¡pero si ese cuadro no es más que una mala muestra de taberna! Valdrá unos tres francos.

Jondrette le replicó sonriendo:

—Si llevais vuestra cartera, me contentaré con que me deis mil escudos.

El señor Blanco se puso en pié con rapidez, apoyó la espalda en la pared y paseó sus miradas veloces por el cuarto. Jondrette estaba á su izquierda, á la parte de la ventana, y la mujer de aquel y los cuatro hombres á su derecha, á la parte de la puerta. Dichos hombres no pestañeaban. Jondrette empezó otra vez sus súplicas con acento tan plañidero, con entonacion tan lastimera, que el señor Blanco podia creer que la miseria habia vuelto loco á aquel hombre.

—Si no me comprais el cuadro, como carezco completamente de recursos, no tengo más remedio que tirarme al rio. Consentí en que mis hijas aprendiesen á hacer cajas de carton finas para aguinados, y para que puedan trabajar me hace falta una mesa que tenga plancha